

La poesía de Antonio Machado

Escribe: RAFAEL MAYA

A primera vista, parece muy fácil escribir sobre Antonio Machado. Aquella poesía, tan sencilla y tan diáfana, no ofrece mayores dificultades para su interpretación. Y resulta todo lo contrario. Machado es un poeta engañoso, al respecto, y tiene la ilusoria superficialidad de las aguas transparentes, pero profundas, que constituyen un peligro para quien intenta sondearlas. Machado es peligroso, en este sentido, y muy susceptible de extraviar el juicio del lector desprevenido que cree comprenderlo y penetrarlo.

Pero ya insistiremos sobre este aspecto de su poesía. Por ahora comencemos afirmando que, por un fenómeno poco frecuente en la literatura, Machado aparece como formado y casi maduro desde la publicación de sus primeras poesías. Cuando hoy se recorren sus obras completas, admira la unidad que se encuentra entre los poemas de su juventud y los de su madurez, sin que la línea de su inspiración sufra mayores rupturas o desvíos que los impuestos por un mayor dominio de la técnica literaria o por una mayor trascendencia de los temas tratados. Pero, lo que podríamos llamar el tono, es más o menos el mismo: "Hoy es siempre todavía" dijo en alguna ocasión, como si pensara en sus propios versos. Los versos de Machado son un eterno todavía que nos borra la emoción del tiempo en lo que tiene de transición y mutabilidad.

Cosa perfectamente diferente ocurre en Rubén Darío, poeta cuyo nombre es necesario juntar con el de Machado para mejor comprender al cantor andaluz y castellano, opuesto al genial nicaragüense. En Darío el proceso es lento pero progresivo. Em-

pieza por versos de índole casi escolar, y avanza forjando redondillas y coplas donde prevalece la imitación de los poetas españoles más populares de aquel tiempo, principalmente Bécquer; después parece devolver un eco de los seudoclásicos del siglo diez y ocho, como Meléndez Valdés, y salta últimamente a Núñez de Arce, todo en un atropellado afán de asimilar tendencias extrañas y a veces contradictorias. Pero, poco a poco, el verdadero perfil del poeta comienza a esbozarse sin dificultad y llega un momento en que, desechadas influencias tornadizas, el gran poeta Rubén Darío aparece de cuerpo entero, no como un poeta más, de alta y robusta inspiración, sino como un genio innovador que impone a toda la literatura castellana de aquel tiempo los imperativos espirituales de su personal modalidad literaria. Del huevo colocado en el nido de la golondrina ha surgido un cisne armonioso que pasa a ser emblema heráldico de toda una revolución intelectual.

Antonio Machado, contemporáneo y amigo de Darío, no fue un poeta modernista, como sí lo fue su hermano Manuel. Antonio es el típico poeta del 98, año por demás célebre en la historia de la literatura castellana. También es un año catastrófico para los españoles, desde el punto de vista político e internacional; pero no lo es desde el punto de vista literario, pues constituye un renacimiento. Noventa y ocho y modernismo se confunden frecuentemente por haber sido dos movimientos coetáneos, el uno de origen hispano-americano y el otro de origen español, y por haber obedecido ambos a un empeño de renovación y de novedad, dada la postración en que se encontraban las letras, tanto en la Península como en este Continente. Pero estos dos movimientos, unidos en la base, se bifurcaron en la altura. ¿Cómo así?

El modernismo propiamente dicho, nació en las repúblicas que, en otro tiempo, fueron colonias españolas. Fue, como se ha dicho, una segunda independencia en relación con la madre patria. El modernismo de estos países nació más o menos hacia el año de 1888, y, trasladado a España algún tiempo después, fue una renovación de las letras, de calidad estética. El modernismo no aportó al movimiento ninguna clase de ideas o de preocupaciones de índole histórica ni mucho menos doctrinaria o filosófica. La única y casi exclusiva preocupación de los hombres que por acá se llamaron modernistas fue la de crear belleza. Fueron estetas, como entonces se decía. Su mundo no era voluntad ni

representación, como para el pensador alemán, sino goce sensual, voluptuosidad de los ojos y de los oídos, embriaguez de la fantasía, locura del color y de la forma. Poesía, en fin, de la sensación y de los nervios, propia de los pueblos nuevos que necesitaban gastar, en esta clase de lujos, su exceso de vida y de juventud.

De todos es sabido que el caudillo máximo de esta revolución fue Darío, nacido en un oscuro pueblo centroamericano. Debemos recordar que el libro de Darío llamado **Prosas Profanas** fue la cartilla, el catecismo y el código del modernismo. Allí todo era raro, exótico y por completo extraño a nuestra América. Predominaban, como era natural, París y los países orientales. Los númenes inspiradores de esa poesía eran: Verlaine, Baudelaire, Mallarmé y demás corifeos del parnasianismo y del simbolismo francés. El libro pretendía sobrepasar las fronteras continentales y ser cosmopolita, esencialmente cosmopolita. **Prosas Profanas** llegó a España y deslumbró, como era natural. Bajo el pendón de Rubén Darío militaron, al principio, todos los poetas españoles que empezaron su carrera literaria por aquella época. Uno de los primeros y más adictos secuaces de Darío fue Manuel Machado, hermano de Antonio. Darío fue el revolucionario por antonomasia, y sus versos como el emblema de esa España nueva y procera en que soñaron todos los hombres del 98. Pero al poco tiempo vino el divorcio.

¿Era aquel lenguaje lujurioso y colorista lo que realmente necesitaban los hijos de esa España quebrantada y melancólica, para llevar a efecto la renovación de la vida histórica de su pueblo?

Es preciso decir que no. Muchos, como es natural, siguieron fieles a Darío, entre ellos el insigne don Ramón del Valle Inclán, y el ya nombrado Manuel Machado; pero otros, sin perder el cariño ni su admiración por Darío, a quienes siempre consideraron como el primer poeta de habla castellana de su época, se apartaron de él, siguiendo rumbos diferentes. ¿Por qué? La explicación tiene hondas raíces sociológicas. Los problemas de España en esos momentos eran diferentes de aquellos que afectaban a estos países en formación, que se hallaban empeñados en crearlo todo de la nada y que luchaban entre el peso de una tradición hispánica de muchos siglos y el empeño por encontrar una expresión propia y autónoma de su constitución nacional.

En cambio, los españoles se hallaban frente a una cultura milenaria, que había sufrido muchas vicisitudes, y que hacia el año de 1898 se hallaba en plena crisis de agotamiento y atonía. Los hombres de entonces se concentraban en el problema de su pueblo, de su raza, de su historia, y todos muestran su total inconformidad con el estado de cosas que les toca contemplar y afrontar. Pero su actitud es de descontento, de tristeza y de anhelos de restauración. Sueñan con otra España, y algunos se forjan utopías, en tanto que otros reaccionan violentamente. “La realidad no importa; lo que importa es nuestro sueño” dice Azorín. “De toda la memoria solo vale, el don preclaro de evocar los sueños” dice Machado. “De razones vive el hombre, y de sueños sobrevive”, afirma Unamuno. Y de esta manera piensan, o mejor sienten los hombres del 98. Todos buscan fórmulas, remedios, terapéuticas sociales, y, desengañados, acaban por refugiarse en el sueño. Son los nietos de Segismundo, por más que algunos de ellos se hayan proclamado discípulos de Nietzsche.

Antonio Machado sintió, como el que más, el dolor de España. En gran parte de sus poemas este dolor se encuentra diluido y forma la atmósfera dolorosa de su poesía. A esto es necesario agregar la pena infinita que le produjo la muerte de su esposa, que era casi una niña cuando contrajo matrimonio con el poeta, y que murió meses después. La poesía de Machado es elegíaca, suavemente desesperada, llena de trémulas nostalgias que no se traducen ni en gritos ni en clamores de ridículo dramatismo. Todo en él es atemperado, sin lumbres cegadoras. Es como un pueblo silencioso, alumbrado por faroles melancólicos. ¿Podría, dentro de estas circunstancias, ser un modernista Antonio Machado? Jamás. Su actitud frente a Darío no fue protesta ruidosa ni desvío colérico. Fue, por el contrario, actitud de alejamiento tan respetuoso como discreto. La amistad que existió entre estos dos líricos había sido muy sincera y estrecha.

Darío escribió este romance en honor de Machado:

*Misterio y silencio
iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un dejo
de timidez y de altivez.*

*Y la luz de sus pensamientos
casi siempre se podía ver.
Era luminoso y profundo
como era hombre de buena fe.
Fuera pastor de mil leones
y de corderos a la vez.
Conduciría tempestades
o traería un panal de miel.
Las maravillas de la vida
y del amor y del placer,
cantaba en versos profundos
cuyo secreto era de él.
Montado en un raro Pegaso
un día al imposible fue.
Ruego, Antonio, a mis dioses,
ellos le salven siempre. Amén.*

El retrato es perfecto. A su vez, cuando murió Darío, Machado escribió la más bella elegía que por entonces se produjo, con ocasión de ese duelo universal:

*Si era toda en su verso la armonía del mundo,
¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?
Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares,
corazón asombrado de la música astral.
¿Te ha llevado Dionisio de su mano al infierno
y con las nuevas rosas triunfantes volverás?
¿Te han herido buscando la soñada Florida,
la fuente de la eterna juventud, Capitán?
Que en esa lengua madre la clara historia quede;
corazones de todas las Españas, llorad.
Rubén Darío ha muerto en sus tierras de oro;
esta nueva nos vino atravesando el mar.
Pongamos, españoles, en un severo mármol,
su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:
“Nadie esta lira pulse si no es el mismo Apolo;
nadie esta flauta suene si no es el mismo Pan”.*

A pesar de esto, Machado no tiene contagio alguno de Darío, ni remotamente, ni dejó que el modernismo se filtrara en sus poemas. Parece, por el contrario, que borró de sus poemas cuanto

pudiese recordar a **Prosas Profanas**. Su mundo espiritual era diferente. Ni cisnes, ni pastores de Versalles, ni princesas pálidas, ni el desdén de Darío por lo popular y democrático, por el “profano vulgo”, que decía Horacio, circunstancias todas características de su primer libro, ya mencionado. Porque después cambia fundamentalmente el tono de Darío, y en **Cantos de Vida y Esperanza** alcanza profundidades líricas a que no llegó ninguno de sus contemporáneos. La poesía de Machado es casi incolora, simple, humilde, digámoslo así desde el punto de vista estilístico, y sin ninguna forma forzada de expresión. El contraste con Darío no puede ser más notorio. Machado al principio llama la atención porque carece totalmente de artificios retóricos y de composturas artísticas. Sin embargo, sus complicaciones son de fondo, porque es necesario advertir que este poeta familiar y corriente, es profundamente complejo en lo esencial de su inspiración. Tiene la engañosa apariencia de la luz o del agua, como lo advertí ya. En dos ocasiones se refiere a su diferencia con Darío. En su célebre poema titulado “Retrato”, dice:

*Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno.
Y más que un hombre al uso que sabe su doctrina
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.
Adoro la hermosura y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.*

La alusión al modernismo, y, más concretamente a Darío, no puede ser más clara. Más adelante dice, con especificación personal: “Yo también admiraba al autor de **Prosas Profanas**, al maestro incomparable de la forma y de la sensación, que más tarde nos reveló la hondura de su alma en **Cantos de vida y Esperanza**. Pero yo pretendía, y reparad que no me jacto de éxitos sino de propósitos, seguir camino bien distinto. Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensación, sino una honda palpitación de espíritu: lo que pone, si es que pone algo, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta animada al contacto del mundo, y aún pensaba que el hombre puede sorpren-

der algunas palabras de íntimo monólogo, distinguiendo la voz viva de los ecos inertes”.

Con estas frases Machado ha sabido definirse plenamente. Toda su poesía es una honda palpitación de su espíritu. La palabra propiamente dicha no es allí más que un pretexto material para darles forma a las sensaciones; pero no elemento esencial de la poesía. La poesía está más allá de los vocablos. Por esta razón su pensador predilecto fue Unamuno, por quien profesaba un verdadero culto. Claro que a Unamuno lo vincula también, acaso con lazos más fuertes que la admiración literaria, la comunidad de ideas heterodoxas, filosóficas y políticas. Oigámoslo en algunos de sus poemas cortos:

*Libros nuevos. Abro uno
de Unamuno.
¡Oh dilecto
de esta España que se agita
porque nace o resucita!
Siempre te ha sido, ¡Oh Rector
de Salamanca!, leal
este humilde profesor
de un instituto rural.
Esa tu filosofía
que llamas diletantesca,
voltaria y funambulesca,
gran don Miguel, es la mía.*

Pero había otra circunstancia que contribuyó a estrechar el parentesco espiritual entre estos dos escritores. Unamuno, típico representante del 98, como Machado, jamás se reconcilió con el modernismo y hubo de considerarlo como la antípoda de su mentalidad. Unamuno desdeñaba hasta la rima, que le parecía embelecado estorboso. Era el Rector de Salamanca hombre de oído torpe, y la mayor parte de sus versos ásperos, rocallosos, de difícil lectura, no obstante estar cargados de ideas. Para él la filosofía es precisamente, el lastre de esa nave que muchas veces le impide navegar. Naturalmente Darío fue su enemigo irreconciliable. El genial nicaragüense hizo lo posible por desarmarlo, prodigándole elogios, pero don Miguel continuó impasible en su actitud hostil. A Unamuno lo atosigaban todas las galas del lenguaje y la manera elegante de decir las cosas. Para él todo era coquetería

indigna de un pensador serio. Podríamos decir que el terreno de su inteligencia volcánica, no admitía ni una flor, ni un trozo de verdura en medio de las rocas incandescentes. No creo, francamente, que Antonio Machado hubiese gustado de los versos de don Miguel. Pero lo seducía lo recio de su carácter, su agnosticismo filosófico, su actitud antidogmática en materia religiosa, su carencia de sistema y ese afán de ir en todo hacia lo permanente. Contra la palabra **modernismo**, él gritaba **eternismo**; y cuando Darío miraba hacia Europa, especialmente hacia París, Unamuno decía: ¡Adentro!, para indicar que era preciso buscar la raíz y la esencia de todo fenómeno, muy principalmente en lo referente a la vida de España. A Unamuno lo preocupaba sobre todo lo que él llamaba la “intrahistoria”, cosa muy distinta del acontecer diario, que suministra materia para las crónicas históricas. Para Unamuno la vida de los pueblos y la de los hombres en particular, había que buscarla más allá de la apariencia de los fenómenos, es decir, en algo en que pudiéramos simbolizar lo eterno de la humanidad.

La obra poética de Antonio Machado es realmente corta, y aun cuando colaboró con su hermano en piezas dramáticas, escritas en verso, donde es imposible diferenciar el estilo individual de los dos hermanos, en el campo de la poesía se parecen muy poco. Manuel fue modernista, y su poesía es frecuentemente brillante, inspirada muchas veces en los cuadros del Renacimiento y en la escultura clásica. Fue también un trovador popular intérprete del alma musical de Andalucía. También se retrató en un poema famoso:

*Me acuso de no amar sino muy vagamente
una porción de cosas que encantan a la gente.
La agilidad, el tino, la gracia, la destreza
más que la voluntad, la fuerza y la grandeza.
Mi elegancia es buscada, rebuscada. Prefiero
a lo helénico y puro, lo chic y lo torero.
Un destello de sol y una risa oportuna
amo más que las languideces de la luna.
Medio gitano y medio parisién —dice el vulgo—
con Montmartre y con la Macarena comulgo.
Y, antes que un tal poeta, mi deseo primero
hubiera sido ser un buen banderillero.*

Antonio Machado nunca habría suscrito estos versos. El era andaluz y castellano y nunca pensó más allá de su provincia nativa o de su provincia de adopción. Soria, Baeza, Segovia, y finalmente Madrid, fueron las residencias de su Musa, que siempre tuvo un delicioso aire provinciano. Su poesía es, pudiéramos decir, el geográfico canto a la provincia, ya que puntualiza los sitios en que canta o los lugares que dan motivo para este canto. Los pinta con todos sus detalles. Debemos repetir que los escritores del 98 fueron los descubridores del paisaje español, y sobre este punto no es necesario insistir. Pero Machado lo descubre y lo hace suyo contemplándolo desde el interior de su espíritu. Aquel chopo, aquel álamo, aquel río, son algo más que el chopo, el álamo y el río. Son un fragmento del alma de Antonio Machado. Oigámoslo:

*Yo voy soñando caminos
de la tarde. Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas.
¿A dónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero.
La tarde cayendo está.*

*“En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día;
ya no siento el corazón”.*

“Yo voy soñando caminos”. El verso es definitivo, como consecuencia de lo que acabo de anotar. Otras veces fija su atención en lo minúsculo, casi insignificante, y de allí se lanza a consideraciones generales, que resumen todo el tiempo pasado. En esto guarda analogías impresionantes con Azorín, que también es el poeta —poeta en prosa— de lo inmediato, de lo momentáneo, de lo fugaz, de lo que constituye apenas un relámpago de emoción. Azorín inventa aquello que Ortega y Gasset llamó, con frase muy conocida: “primores de lo vulgar”. Machado, de igual modo, parece inclinado definitivamente, sobre todo aquello que para la mayoría de las gentes pasa inadvertido, pero que habla al espíritu

del poeta un lenguaje sugerente en que se realiza cierta misteriosa síntesis de emociones al parecer dispares. Tiene un poema titulado "Las Moscas" del cual voy a transcribir algunas estrofas:

*Vosotras, las familiares
inevitables golosas,
vosotras moscas vulgares,
me evocais todas las cosas.
Moscas del primer hastío
en el salón familiar,
las claras tardes de estío
en que yo empecé a soñar.
Y en la aborrecida escuela,
raudas moscas divertidas
perseguidas
por amor de lo que vuela.
Moscas de todas las horas:
Yo sé que os habéis posado
sobre el librote cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos
de los muertos.
Inevitables golosas
que ni labrais como abejas:
ni brillais cual mariposas:
pequeñitas, revoltosas,
vosotras, viejas amigas,
me evocais todas las cosas.*

Machado es el poeta de lo inmediato, de lo cercano, de lo próximo. Casi no hay horizontes en su poesía, ni espacios ilimitados. Necesita sentirse rodeado de las cosas, necesita la intimidad de los seres, la comunión con todos los aspectos familiares e íntimos de la vida. Sus paisajes mismos no están fuera de él, sino que son visiones interiores a las que parece dar cierta objetividad la designación de nombres y lugares. Claro está que su obra capital es **Campos de Castilla**. La anterior parece una preparación para este libro, y lo que vino después es un cambio de orientación en que aparecen algunas singularidades que no ofrecen sus primeros poemas. En primer lugar Machado abandona los poemas largos, y dedica todo su empeño a realizar una poesía sintética,

breve, significada muchas veces en dos o tres versos. Aquí aparece sentencioso y aforístico, como algunos poetas españoles de la Edad Media, por ejemplo el judío Sem-Tob o el Canciller López de Ayala. Y el elemento nuevo es cierta fina ironía, cierto humor que podríamos llamar agri-dulce, cierta burla un poco melancólica, a través de todo lo cual comienza a perfirlarse, ¡cosa rara! el poeta filósofo, que es la última evolución de este cantor que ya aparece como cansado e intermitente, con grandes destellos de poesía todavía, pero frecuentemente demasiado discursivo y lógico. Es de advertir que él había renegado de este género, al afirmar que la poesía tenía que ser simple intuición y no proceso intelectual.

En este momento comienza a escribir notas en prosa en las cuales aparecen, como desdoblamientos del poeta, dos personajes llamados respectivamente Abel Martín y Juan de Mairena, por cuyos labios discurre Machado, en su nueva actitud de filósofo. Dice a este propósito Dámaso Alonso: "Estos escritos filosóficos son siempre asistemáticos y muchas veces sumamente confusos y hasta caóticos, con intervalos de casi dibujable y extraña nitidez. Machado cambió por cobre filosófico buena parte de su oro poético de ayer. Es agudo en el sofisma irónico, con base en el juego de palabras; de vez en cuando una intuición interesante o una página de crítica literaria muy eficaz. Es todo. Luis Cernuda, por su parte, parece contradecir esta anotación de Dámaso Alonso. Oigámoslo: "Quien esto escribe recuerda que, al aparecer en una revista los primeros comentarios de Abel Martín y de Juan de Mairena, allá por 1925, oyó decir a aquel pobre de Benjamín Jarnés, en la tertulia de **Revista de Occidente**: "¿Para qué publica Machado notas en prosa que no tienen interés alguno? En dichas notas, comenta Cernuda, hacía entonces Machado, sin que nadie se apercibiera, el comentario más agudo de la época; si las comparamos con los libros en que Ortega y Gasset, por las mismas fechas, pretendía diagnosticar el presente y vislumbrar el futuro inmediato, se comprenderá cual de los dos veía mejor y más claro". No voy yo a decidir esta polémica, como es natural; ni tengo tiempo ni capacidad para ello. En todo caso, las notas de Machado, escritas en lenguaje técnico, contienen toda su estética, su metafísica, su doctrina literaria, dentro de las limitaciones muy juiciosamente expuestas por Dámaso Alonso.

Ni las someras y sintéticas apreciaciones que acabais de leer, ni las muestras poéticas que he elegido pueden darnos una idea cabal y justa de la grandeza de Antonio Machado como poeta. Yo solo he aspirado a despertar interés por su obra y a que sea leída con amor y reflexión. Fue Machado hombre en extremo discreto y modesto. Desempeñó cátedra de idiomas en algunas ciudades de provincia, y, al residenciarse en Madrid, siguió viviendo como siempre, pobre, descuidadamente vestido y ajeno a todo aparato y ostentación. Lo anecdótico no aparece en su vida. Pero debajo de esa humilde cobertura latían el orgullo y la dignidad del poeta, del hombre y del patriota. Llevaba sus penas como título de nobleza y su angustia como signo de superioridad. Sabía que el dolor decora con signos heráldicos toda existencia. Machado voluntariamente marcha al destierro, en pésimo estado de salud. Lo acompaña su anciana madre, también enferma. El viaje fue por extremo penoso. Al llegar a un pueblecito de la frontera el hijo y la madre murieron silenciosamente. Allá en Colliure, yacen todavía los despojos mortales del más castellano de los poetas españoles. Bien está que reposen en la amable, en la generosa, en la dulce tierra francesa. Pienso que los girasoles de Provenza y los tulipanes de las Tullerías forman una corona en torno de su lápida. Pienso que lo cobija la sombra del grande Hugo, emperador de la barba florida, y que encuentra defensa en los pliegues de la bandera en que se envuelve la nación más culta y libre de la tierra. Pienso, finalmente, en los violines otoñales que cantó Verlaine, violines confidenciales y profundos, hijos de la niebla misteriosa y de las hojas caídas, y que parecen los instrumentos más indicados para arrullar el sueño eterno de don Antonio Machado.